

BELEVAN, Harry: *Escuchando tras la puerta*, Barcelona, Tusquets editores (Cuadernos Infimos), 1975, 115 págs.

Escuchar tras la puerta suele estar visto entre nosotros como una mala costumbre. Pero más de una trama policíaca se ha resuelto gracias a este sistema. Quien aquí practica esta costumbre es Harry Belevan, escritor peruano nacido en Lima en 1945. Junto a esta su primera entrega ha publicado una novela (*La piedra en el agua*, 1977) y un ensayo en torno a lo fantástico en literatura (*Teoría de lo fantástico*, 1976). En la actualidad prepara una antología del cuento fantástico peruano.

Fruto de su acecho por las rendijas de algunas puertas son estos nueve relatos que prolongan, modifican o terminan los de otros tantos autores. Nueve narraciones breves que tienen su origen en fuentes escritas y a ellas remiten constantemente.

Mario Vargas Llosa, en un lúcido prólogo, califica a esta ocupación de Belevan de robo perfecto. Cuando este latrocinio se produce en literatura, se le llama plagio (execrable costumbre unánimemente repudiada en aras de una originalidad literaria). Sería entonces un «plagio perfecto». A esto podría contestar Belevan con una frase de Borges: «la creación es recreada por cada generación».

Es cierto. Estos relatos sólo son explicables en cuanto remiten a sus fuentes. No es posible apreciar su validez si previamente no conocemos los originales que les han dado vida. Aquí podremos encontrar a un Isidro Vidal que aparece en Barranco huyendo de aquella «guerra del cerdo» de la que fue cronista Adolfo Bioy Casares («Los inquilinos»); aquí volveríamos a hallar a aquel inspector Treviranus que en su casa de Triste-le-Roy vuelve sobre los misterios de «La Muerte y la Brújula» («Vindicación de los diccionarios»); aquí, en fin, asistiríamos a los últimos años de Gregorio Samsa encerrado en el sótano de su antigua casa observando con entera impasibilidad lo que ocurre en la calle («La otra cara de la moneda»).

Esta ha sido la ocupación de Belevan: acechar pacientemente al escritor en su cuarto de trabajo para observar los mecanismos de su creación, sus silenciosos diálogos con los personajes. Aquí creemos recordar aquel diálogo de Unamuno con su personaje Augusto Pérez cuando éste viene a exigirle sus derechos frente al que le ha soñado. Este es el momento que Belevan aprovecha para sustraer los personajes a sus creadores para hacerles vivir una nueva vida independiente de quien les dio la primera existencia.

¿Qué clase de inmunidad protege a este ladrón para publicar su robo? Belevan se muestra como un adelantado discípulo de Borges. Belevan, cuya literatura se alimenta de libros, reclama su «hora de lector». A veces se nos asemeja a aquel Pierre Menard que emprendió

la ardua tarea de reescribir el *Quijote*. El mismo Borges había patrocinado sus derechos de lector y en cierta manera ya había dado ejemplo en su *Historia universal de la infamia*, donde señalaba: «En cuanto a los ejemplos de magia que cierran el volumen, no tengo otro derecho que los de traductor y lector», para añadir a continuación: «A veces creo que los buenos lectores son cisnes aún más tenebrosos y singulares que los buenos autores.»

También Julio Cortázar defendía estos derechos en uno de los apartados de *Rayuela*: «Situación del lector: en general todo novelista espera de su lector que lo comprenda, participando de su propia experiencia, o que recoja un determinado mensaje y lo encarne...»

«Todos los hombres que repiten una línea de Shakespeare, son William Shakespeare», había dicho Borges. Belevan va a hacer suya la sentencia. Será Borges y, por extensión, todos los autores a quienes lee. Es una defensa práctica de la estética de la lectura. En este sentido la escritura de Belevan se convierte en una de las muchas lecturas posibles de Borges, en una lectura poética.

Vargas Llosa, en ese prólogo ya aludido, habla de parasitismo literario para explicar la obra de Belevan. Moviéndonos en el mismo terreno de la imagen, diríamos que se trata más bien de un autor simbiótico, ya que su lectura transforma y enriquece el sentido del original. Este autor crea un nuevo ambiente donde el personaje encuentra una nueva vida. De esta forma el escritor «plagiado» encuentra a su mejor lector, a aquel que es capaz de retomar la creación y prolongarla en otras posibilidades.

¿En qué sentido son releídos los originales? Para saberlo deberíamos conocer los textos previos de que se parte y a los que se remite. Casi podríamos decir que nuestra lectura de este tercer estrato literario (la literatura es una realidad segunda) consistiría en identificar los textos originarios. Este comentarista reconoce que no lo ha conseguido en todos los casos. En aquellos a los que le ha sido posible llegar podría señalar algunas particularidades: el mismo masoquismo, la misma ironía, la misma frialdad de la obra de Kafka se encuentra aquí, en esta segunda vida de Gregorio Samsa; «Vindicación de las bibliotecas» describe con detenimiento el escenario de Triste-le-Roy y repite giros y recursos estilísticos borgianos; «Los inquilinos» prolonga la misma experiencia de Isidro Vidal: acabar siendo expulsado de su casa, como en Buenos Aires; el carácter del personaje sigue siendo el mismo; en «Que en paz descanse Antonio B.» usted mismo puede ser amigo de Antonio, que ha muerto hace ya cinco años. Por fin, «Las opciones del Judas» parecen recrear un tema borgiano.

Estos nueve relatos de *Escuchando tras la puerta* nacen en la literatura, de ella se nutren y a ella remiten. Se trata, no cabe duda, de un singular y no acostumbrado experimento que supone una especial

aptitud para leer. Repitiendo a Borges, las recreaciones de aquellos originales suponen «una actividad posterior a la de escribir: más resignada, más civil, más intelectual».

TOMÁS VACA  
Universidad Complutense de Madrid